

Este moderno palimpsesto mostrará decisivamente a las generaciones futuras el destino del arte, degradado en una sociedad burguesa podrida.

Sin embargo, la situación no es mejor en el país de la revolución de Octubre. A primera vista, parece increíble que no haya lugar para el arte de Diego Rivera, ni en Moscú, ni en Leningrado, ni en cualquiera otra parte de la URSS, donde la burocracia nacida de la revolución está erigiendo grandiosos palacios y monumentos para sí misma. Pero, ¿cómo podría tolerar en su reino la pandilla del Kremlin a un artista que no pinta ni iconos representando al "líder" ni retratos tamaño natural del caballo de Voroshilov? El cierre de las puertas del soviét a Rivera marcará para siempre con vergüenza imborrable a la dictadura totalitaria.

¡Durará mucho tiempo más el estrangulamiento, el hollar y el enlodar toda cosa de la que dependa el futuro de la humanidad? Indicios de confianza responden que no. El vergonzoso y lamentable colapso de la cobarde y reaccionaria política de los frentes populares en España y Francia, por una parte, y las intrigas judiciales de Moscú por la otra, pronostican la aproximación de un punto de viraje fundamental, no sólo en el campo político, sino también en el campo más amplio de la ideología revolucionaria. Aún los infortunados "amigos" —pero naturalmente no la canalla intelectual y moral de *The New Republic* y *The Nation*— comienzan a cansarse del yugo y del látigo. Arte, cultura y política necesitan una nueva perspectiva. Sin ella, la humanidad no se desarrollará. Pero nunca ha sido tan amenazador y catastrófico el panorama como ahora. Esta es la razón por la cual el pánico es el estado dominante en la mente de la extraviada *intelligentsia*. Los que oponen un escepticismo irresponsable al yugo de Moscú, no inclinarán mucho la balanza de la historia. El escepticismo sólo es otra forma, y no la mejor, de la desmoralización. Detrás del hecho, tan popular ahora, de quedarse imparcialmente a un lado, tanto de la burocracia stalinista como de sus adversarios revolucionarios, nueve veces sobre diez, está oculta una miserable postración frente a las dificultades y peligros de la historia. Sin embargo, los subterfugios verbales y las pequeñas maniobras de nada servirán. A nadie le será concedido perdón ni respiro. Frente a un período de guerras y revolucio-

nes que se presenta próximo, todo mundo habrá de dar una respuesta: filósofos, poetas, pintores, lo mismo que simples mortales.

En el número de junio de vuestra revista, encontré una curiosa carta del editor de una publicación de Chicago, desconocido para mí. Expresando (espero que por error) su simpatía por vuestra publicación, escriba: "Sin embargo, (?) yo no veo esperanzas en los trotskistas u otros fragmentos anémicos que no tienen base de masa". Estas arrogantes palabras dicen más sobre el autor que lo que él quizá quiso decir. Muestran, por encima de todo, que las leyes del desarrollo de la humanidad han permanecido para él como un libro sellado. Ninguna idea progresiva ha comenzado con una "base de masa"; de otra manera no habría sido una idea progresiva. Únicamente en su última etapa la idea encuentra sus masas, por supuesto si responde a las necesidades del progreso. Todos los grandes movimientos han comenzado como "fragmentos" de los movimientos anteriores. En sus comienzos, el cristianismo fué solamente un "fragmento" del judaísmo, el protestantismo, un "fragmento" del catolicismo, esto es, del cristianismo decadente. El grupo de Marx y Engels vino a la vida como "fragmento" de la izquierda hegeliana. La Internacional Comunista germinó durante la guerra, de los "fragmentos" de la social-democracia internacional. Si estos pioneros se consideraron capaces de crear una base de masa, fué precisamente porque no tuvieron miedo al aislamiento. Conocían de antemano que la calidad de sus ideas sería transformada en cantidad. Estos "fragmentos" no sufrieron anemia; al contrario, llevaban dentro de sí los gérmenes de los grandes movimientos históricos del mañana.

Del mismo modo —para repetir— un movimiento progresivo ocurre en arte. Cuando una tendencia artística ha agotado sus recursos creadores, los "fragmentos" creadores capaces de ver el mundo con nuevos ojos, se separan de ella. Los más osados, los pioneros muestran sus ideas y acciones, en el mayor rigor con que se oponen a la autoridad establecida, que descansa sobre una "base de masa" conservadora; las almas más convencionales, los escépticos, y los *snobs* se inclinan a ver en los pioneros, excéntricos impotentes o "fragmentos anémicos". Pero en último análisis son las almas convencionales, los escépticos y los *snobs* los que están equivocados —y la vida pasa por encima de ellos.